



ilustró Aguerre  
La Filosofía. —

Cuando cayó, volteado como por un mazazo que le hubieran dado en la cabeza, el gran filósofo, en medio de la consternación general, fué puesto en una camilla y llevado al hospital. Allí acudió presuroso el médico de mayor fama de toda la ciudad, que comenzó a palparle cuidadosamente el cuerpo con los garfios de sus dedos como ojos. Y después de una búsqueda larga, atenta y silenciosa exclamó lleno de júbilo: "¡Ya lo tengo!". Tenía entre sus dedos, asida una viscera fuera de su sitio, una viscera individualista que se obstinaba en vivir fuera de la ley colectiva impuesto a todo el organismo, y que pretendía desarrollarse en sentido opuesto a las otras. Estaba exhausta, débil, casi concluída, pero dichosa, ya que orgullosamente no había querido ceder al ruego de las demás que le pedían, en buen común, que se cometiese a la ley.

Desde aquel día, además de desaparecer el peligro de muerte, el gran filósofo, cargado de gloria y de solemnidad, comenzó a sonreír. Las gentes se escandalizaron no pudiendo comprender cómo una persona que había dicho cosas tan serias y trascendentales se permitiera semejante libertad. Y el día en que rió a carcajadas el escándalo llegó a su colmo y hasta los diarios se dignaron ocuparse del acontecimiento como si se tratara de un crimen o de un partido de football. Y para que la cosa fuera más extraordinaria e increíble el filósofo, el gran filósofo, dejó de pensar y de escribir y se dedicó a la vida agitada y alegre, como si ya no lo abrumaran los grandes problemas favoritos del Ser, del Principio, y del Destino. Cuando le hablaban de sus libros, esos libros que le habían conquistado una reputación mundial, sonreía. Cuando le citaban doctrinas complicadas o intentaban empujarlo al laberinto de las discusiones trascendentales, sonreía. Y cuando lo incitaban a proseguir la obra comenzada y detenida, entonces, incontinentemente, reía. Así se perdió para la humanidad uno de los más grandes ingenios que la honraban y ennoblecían. ¡Y todo, por una viscera rebelde que volvió a su sitio!

Desde que tuvo conciencia de sí mismo oyó hablar de la felicidad como del bien supremo a conquistar, como del fin último y superior de la existencia. Su carácter inquieto e insatisfecho lo empujaba también, irresistiblemente, al deseo de la que no poseía, encastillando su ilusión en cumbres inaccesibles. Y muy joven todavía se lanzó lleno de audacia a la vida como a un mar tormentoso, dispuesto a cumplir con su propósito costase lo que costase. Peregrinó así como un aventurero sin reposo por todos los países que le ofrecían un miraje de dicha, y muchas veces estuvo por florecer entre sus labios impacientes la exclamación de triunfo, el gran grito definitivo y eterno. Pero no. Primero fué el Amor; después la Gloria. Y aunque tuvo todo lo que quiso, aunque ninguna mujer supo resistirlo, y pudo ver a sus pies a la multitud como una gran fiera domada e inofensiva, no fué feliz. Después se lanzó a través de todos los mares y de todos los climas a la busca del Eldorado legendario, del Cipango jugoso, del Canaán en donde la tierra mana leche y miel. Tampoco lo halló. Buscó más tarde en el Arte, en la Filosofía, en la Ciencia el secreto que se nos veda tan caprichosamente, y hubo de retornar triste y desencantado después de agotar todas las bellezas y de escrutar todos los enigmas. Al fin, cediendo a solicitudes de renunciamento y de paz se retiró al silencio del claustro, al aislamiento total, sólo consigo mismo, frente a sí mismo. Pero tampoco la felicidad se apiadó de él. Y allí lo volcó la muerte, en una tarde melancólica sobre su camastro misero y desordenado, en medio de una habitación que era una tumba y rodeado de unos pocos compañeros que habían ido a buscar también en aquel refugio el último oasis prometedor del supremo bien. Y así estaba esperando a la muerte libertadora que ya comenzaba a inmovilizarlo para siempre con su frío abrazo, cuando al hacer el examen instantáneo de toda su vida, tuvo una revelación maravillosa, lo hirió un rayo de luz intensísimo, que lo hizo desear volver, ¡ay, inútilmente!, a la vida que irreparablemente se le iba:

—¡Había sido feliz siempre!

Y se deslizo el último suspiro a través de sus labios pálidos, impotentes para retenerlo!



La Vida. —

## DEFINICIONES



Cuando murió la niña aquella, orgullo de sus padres, de los mozos, que habían puesto todas sus miradas en ella, del pueblo entero que la consideraba como su más precioso galardón de belleza, nadie quería creerlo porque nadie quería conformarse al sordo vacío de su ausencia definitiva. La velaron dos días con sus noches en una caja blanca que ninguno se animaba a cerrar, y después la llevaron al cementerio, una tarde gris y fría, y la descansaron sobre un lecho de flores, y la cubrieron con una blanda capa de tierra, no atreviéndose a clavar sobre ella, por no lastimarla, ni el puñal de una cruz.

Desde aquel día la tumba de la niña se convirtió en lugar de peregrinación continua y piadosa, y a orar junto a ella acudían casi todos los días los padres inconsolables, y los mozos desesperados y el pueblo entero, que alzaba, airado, al cielo impasible la amenaza de los puños cerrados. El pasto sobre la tumba estaba siempre limpio y brillante como un terciopelo, como recién nacido, y nadie permitía que prosperara sobre aquel rectángulo sagrado la menor cizaña, que estaba condenada a muerte desde que osaba aparecer. Los pájaros, favoritos de la niña, huérfanos del encantamiento de su voz y de los besos con que los alimentaba, acudían también a cantarle sus mejores estrofas. Y de noche, las estrellas silenciosas y resplandecientes, descendían suavemente, para envolverla en sus más sutiles e impalpables velos luminosos.

Pero un día, —nadie descifró jamás el misterio,— alguien, ¿hombre, pájaro, estrella?— dejó caer sobre la tumba un rosal. Un hermoso rosal que creció rápidamente y que llegada la primavera cuajó en una sola, enorme, rosada y fraganciosa rosa, que durante mucho tiempo sin marchitarse, ardió en su punto más alto como la llama inquieta de un pebetero. Y cuando los padres y los mozos y el pueblo entero se allegaban hasta la tumba a renovar su llanto sin esperanza, les salía al encuentro la rosa, y al bañar en ella sus miradas y al aspirar su perfume se sentían aliviados de su angustia, lijeros y hasta alegres, como si fuera la misma niña la que hubiera aparecido de nuevo, compadecida de su infortunio!